



IMPRESIONES DE UNA EXCURSIÓN POR LOS ALPES

Al regresar en Julio del año pasado de una interesantísima excursión por la grandiosa cadena Pirenaica, de cuyas bellezas me he deleitado durante tres veranos consecutivos, recorriéndola en distintas direcciones desde el Pico de Orhy hasta el Valle de Arán, pasando por sus más altas cimas, abrigué el propósito de variar de rumbo este verano, caso de decidirme a nuevas andanzas montaÑeras.

Frustrados mis proyectos (por causas ajenas a mi voluntad) de tomar parte en la magna excursión al Mulhacén, organizada por nuestro querido Club Deportivo en el mes de Junio del corriente año, fijóse mi atención en horizontes lejanos: en la gigantesca Cordillera de los Alpes, la más extensa y elevada de Europa, aspiración máxima del aficionado a la alta montaña, ávido de emociones.

Decidido, pues, a ser «alpinista» en la plena acepción de la palabra, me pongo camino de la Frontera Suiza, vía Burdeos-Lyon.

I.—Ginebra y el Lago Lemán.

Ginebra, la «Roma Calvinista», encantadora Ciudad intelectual y universitaria de renombre universal. ¡Qué sensación de bienestar produces en el viajero que embelesado contempla las incomparables bellezas que encierras, con tu privilegiada situación a orillas del majestuoso lago Lemán!

Dirijamos la vista hacia el N. y nos encontraremos con las suaves pendientes del Jura, mientras que por el S. se yergue la áspera cadena calcárea del Saleve, a cuyo fondo se divisa en días despejados, la masa inmaculada del gigante de los Alpes.

Abandono la cosmopolita Ciudad, Sede de la Sociedad de las Naciones, después de dos días de agradabilísima estancia en ella, y embarcado a bordo del «Savoie», lindísimo vaporcito dotado de todo el confort moderno, cruzo las azuladas aguas del lago Lemán, para trasladarme a la coquetona Villa de Montreux, situada en el

otro extremo del lago (a 82 kms.) en las proximidades del célebre y poético Castillo de Chillón, immortalizado por la pluma de Lord Byron.

Deliciosísima travesía la de este pacífico mar ginebrino, cuya mansedumbre contrasta con la bravura de nuestro inquieto Cantábrico. Pernocto en Montreux, para el día siguiente trasladarme a Interlaken, vía Sweisimmen-Spiez.

II.—Oberland Bernés.

Interlaken, la joya del Oberland Bernés, admirablemente situada entre los lagos de Thoune al E., y el de Brienz al O., es el «rendez-vous» del turismo internacional, tanto por sus encantos naturales, como por su agradable temperatura en la época estival.

Aprovecho mi estancia en esta atrayente región, para realizar la interesantísima excursión a la Junfrau (Collado de la Junfrau). Maravilloso ferrocarril alpino, que transporta al viajero desde los 568 metros de altura, en que se encuentra la estación de partida en Interlaken, hasta los 3.457.

El último trozo del trayecto, así como la estación término de la línea son subterráneos, resultando en consecuencia verdaderamente fantástica la salida al exterior, al encontrarse repentinamente en la región de las nieves eternas.

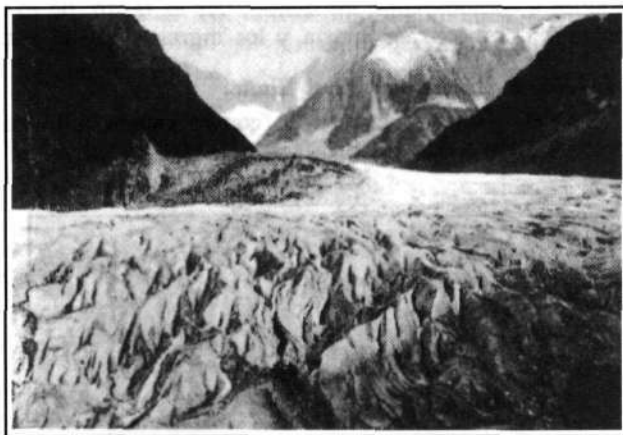
La visión desde la terraza del Hotel, como desde el Collado (3.470 metros) es extraordinariamente magnífica. A un lado la esbelta Junfrau (4.166), el Gletscherhorn, Punkt; frente a éstos el Monch, Eiger, Kamm, etc., y dormitando a sus pies, el inmenso glaciar de Aletsch de 24 kilómetros de longitud (el mayor de Europa).

El sobrio alpinista que desee pernoctar en aquellas soledades eternamente blancas, encontrará junto al lujoso Hotel, el Refugio de Berghaus.

III.—Alpes de Saboya.

De Interlaken tomo rumbo a Chamonix, vía Spiez-Brigue-Martigny. Trayecto muy interesante, principalmente el comprendido entre Martigny-Chamonix, en que la naturaleza se muestra en verdad pródiga en bellezas. ¡Qué paisaje más bravío y salvaje y qué ferrocarril más audaz e impresionante!; en algunos parajes que va colgado del abismo.

Chamonix, la villa alpina por excelencia y cuartel general del alpinismo internacional. ¡Qué emoción he sentido al llegar a ti y encontrarme frente a frente con el gigante de los Alpes!



El mar de hielo, camino del Refugio de Requin.

El primer día, como es natural, le dedico a la visita de la villa y cercanías: museos alpinos, Pabellón del Touring, glaciar de los Bossons, etc. El segundo día, realizo en un magnífico autocar, la bellísima excursión al Gran San Bernardo, célebre Hospedería situada en un collado (2.467) en la frontera Suizo-Italiana; fué fundada el año 982 por San Bernardo de Menton. Paisaje salvaje y desolado que invita al recogimiento y al reposo espiritual.

Los Religiosos Agustinos que habitan en la Hospedería han salvado la vida a miles de viajeros extraviados en la nieve, con la ayuda de sus famosísimos perros.

Al regreso de esta excursión me dirijo a la Oficina de los Guías, donde preparo la excursión alpina que he de emprender al día siguiente.

Admirable organización la de estos países; por todas partes se encuentran facilidades y comodidades, no siendo, por lo tanto, de extrañar que la afluencia de turistas sea tan extraordinaria y los ingresos que el turismo produce tan cuantiosos.

IV.—En el macizo del Mont Blanc.

23 de Julio.—Después de comer vienen a buscarme al Hotel los dos guías, provistos de todos los artefactos necesarios en estas ascensiones: piolets, cuerdas, crampones, linternas, etc.



La Junfrau (4.166 metros).

A las tres y veinticinco de la tarde salimos de Chamonix para el Montanvers por el ferrocarril de cremallera a vapor, que lleva todos los coches repletos de viajeros. Poco a poco, vamos dominando el pintoresco Valle de Chamonix, encuadrado entre las abruptas pendientes del Brevet y Agujas Rojas a la derecha y las cimas y agujas del Mont Blanc a la izquierda.

Unos cincuenta minutos tardamos en llegar a la estación término, y al descender no puedo menos de impresionarme ante la vista de aquel inmenso río de hielo

de colosales proporciones. Divísase al fondo su afluente el glaciar de Talefre, encerrado entre las esbeltas y valientes Agujas del Dru, Verde, Triolet.

Una breve parada en el Hotel para tomar un refresco y a las cuatro y media nos ponemos en marcha hacia el Refugio de Requin. Seguimos al principio un sendero pedregoso con cable protector en algunos parajes un tanto vertiginosos y a los veinte minutos próximamente descendemos al Mar de Hielo, por entre enormes bloques de piedra.

Las grietas que presenta el hielo desnudo son innumerables, que las vamos salvando con una serie de saltos y rodeos, ascendiendo en dirección hacia los «Mou-lins», unión de los glaciares de Talefre y de Tacul o del Gigante. Dejamos el primero a mano izquierda y seguimos el segundo hasta la base del Requin. Una media hora

de fuerte pendiente por la roca, siguiendo un sendero bien marcado y a las siete y media de la tarde, llegamos al Refugio de Requin (2.516 m.), propiedad del Club Alpino Francés, admirablemente situado en un promontorio.

Espectáculo sugestivo e inolvidable el de estos encantadores parajes solitarios, cuando a la caída de la tarde empieza a arrebolar el sol y las plateadas cimas centellean con un rojo brillante que contrasta con el tono violeta del sereno firmamento.

Pernoctamos en el Refugio unos 30 alpinistas, franceses, italianos, suizos; una mescolanza de nacionalidades.

24 de Julio.—A las tres y media de la mañana, empieza ya el movimiento en el refugio, pues el madrugón se impone en estas ascensiones.

Unos cuantos sorbos de café y a formar las cuerdas para romper la marcha en cuanto amanezca, pues si bien los guías llevan linternas en sus mochilas, no quieren aventurarse a atravesar con poca luz, los «seracs» del Gigante, conceptuados entre los más grandiosos e imponentes de toda la Cordillera.

Son las cuatro y media cuando iniciamos la marcha, con tiempo espléndido, factor importantísimo en la alta montaña. A los pocos metros estamos ya metidos en la famosa zona de los «seracs», vastísima acumulación de pirámides de hielo, separadas entre sí por numerosas e imponentes grietas que causan pavor al asomarse a sus verdosos labios. Qué razón tuvo quien pronunció la frase: «Los Alpes ne sont pas le Pyrénées».

Francamente hay un momento en que se deprime bastante mi ánimo, pero la confianza que me inspiran mis expertos e intrépidos guías, en medio de los cuales voy atado, me reanima a seguir adelante.

Dos horas largas invertimos en salvar este intrincadísimo laberinto de grietas, a fuerza de saltos y equilibrios mil, pero ¡vaya brega!

Remontando la parte alta del glaciar del Gigante en dirección del Gran Capucín del Mont Blanc de Tacul, entramos en la «Vallée Blanche», inmenso campo de nieve, de suaves pendientes y escasas grietas. Dejamos a mano derecha la esbelta Aguja del Midi y a las nueve de la mañana, alcanzamos el Col du Midi (3.544 m.), término de la ascensión.

Hay una pequeña cabaña de madera, casi cubierta por la nieve, dando cara a los Grands Mulets. Media hora permanecemos en este soberbio escenario, contemplando extasiados un mundo glaciar, que la imaginación nos hace transportar a las regiones heladas del Polo.

Llega la caravana Suiza que pernoctó con nosotros en Requin. Unas cuantas fotografías y por el mismo itinerario que a la subida descendemos al Refugio, para llegar a él a las doce del mediodía, a punto para comer.

Anoto mi nombre en el Album-Registro del Refugio como miembro de la Federación Vasco-Navarra de Alpinismo y socio del Club Deportivo de Bilbao y a las dos de la tarde salimos para Chamonix, siguiendo la ruta del día anterior.

Tan deliciosa resulta la estancia en la Villa Alpina que me quedo en ella un par de días más para reposar de las fatigas pasadas, abandonándola no sin gran pesar, para retornar al querido bochito, vía Saint Gervais-le-Fayet, Annecy-París-Hendaya.

Bellísimas correrías que perdurarán en mi mente mientras viva.

Agosto de 1928.

JESÚS ESPEL.

(Fotografías del autor).